

# Un México al revés

HACE ALGUNAS NOCHES, AGOTADO DE UN TEDIOSO DÍA DE trabajo y tras hojear el librito de *Sueños y discursos* de Quevedo (el subtítulo es ejemplar: *De verdades descubridoras de abusos, vicios y engaños en todos los oficios y estados del mundo*), me quedé dormido y yo mismo tuve un sueño en el que vi un México al revés.

El sueño estaba dividido en dos escenas interrumpidas por un período de menos de una hora de vigilia. En la primera escena, yo estaba en un eje vial enorme parecido al segundo piso del Anillo Periférico, pero en un estado ruinoso. Los automóviles habían sido abandonados hace mucho: su pintura era amarillenta, las llantas estaban desinfladas, la hojalatería arrugada, los asientos destartados. Debía ser mediodía. El sol me pegaba fuertemente aunque sentía ese tipo de frío que no se siente en la piel sino en los huesos. Me costaba trabajo respirar. Yo caminaba al borde del eje, solo, mirando hacia abajo de vez en cuando. El suelo estaba cubierto de un lodo seco y agrietado. No había nadie a mi alrededor. «Estoy en el infierno», me dije.

De uno de los automóviles salió un erizo enorme, de unos 40 kilos, con nariz puntiaguda. Me asusté y corrí en dirección opuesta y me escondí detrás de lo que parecía un anuncio publicitario de Taco Bell. Esperé unos minutos. Caminé de nuevo y encontré unas escaleras. Bajé al primer piso y me adentré por un calle estrecha con casas en hileras a ambos lados que encontré a mi derecha. Las puertas y ventanas de las casas estaban clausuradas con tablones que el viento y la lluvia habían hinchado y que alguien había decorado con graffiti. Estudié el graffiti en uno de los tablones: en él había letras en griego organizadas caóticamente, la bandera de Turquía, una pelota de fútbol, una televisión. Traté de mover el tablón y ver qué había dentro de la casa, pero no pude. Me di la vuelta, crucé la calle y me topé con una reja de metal. La salté y me adentré en un patio. De pronto, al levantar los ojos, vi un anciano sentado bajo un árbol con hojas, sentado en una silla de mimbre rojo. Llevaba vaqueros y un chaleco cuyos colores he olvidado y unas botas blancas. Tenía la

barba pintada de azul. Sus manos jugaban con una caja de fósforos como las que usaba mi madre para encender la estufa cuando yo era niño. Él no me veía. Di un paso y me escuchó. Hubo un silencio que debió durar varios segundos. Luego, el viejo se carcajeó. Tenía solamente tres dientes, uno de ellos dorado. Su gesto me resultaba amenazador y me eché atrás.

En mis sueños la gente se entiende cuando habla pero yo no los oigo.

El viejo me dijo algo y me ofreció un fósforo. —Ya todos se fueron. Poco a poco...

—¿Adónde?— pregunté.

—No sé—el anciano respondió. —Ya sólo hay extranjeros. Gente del Japón, Islandia, Costa de Marfil. Habrá que considerarlos mexicanos puesto que viven aquí, aunque, en verdad, son turistas. ¿No cree usted, joven? Un país de turistas.

—¿Adónde se fue la gente?

—Sabrá Dios. Quedamos unos pocos, ya casi nadie. Usted no lo sabría si yo no se lo dijera. Un México sin mexicanos... A mí tampoco me parece absurdo. Antes sí pero ahora no. Ya sabe cómo son las cosas, no hay nada a lo que no podamos acostumbrarnos.

—¿Y por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué se fueron?

—Ay, la pregunta es necia. A los mexicanos les va mejor afuera del país que adentro. Los tratan como esclavos pero no se dejan. Quizás haya sido por esa razón, para probar que son machos.

Hizo una pausa. Me miró estudiosamente.

—Usted tampoco es de México, ¿o sí?

—He vivido lejos por décadas.

—No tiene pinta de mexicano. ¿Ya cuenta más años afuera que adentro?

—Casi... —Hice la cuenta y cambié de opinión. —Sí, ya soy más de allá.

—De Extranjería.

No le entendí. —Así le dicen al otro México, al México opuesto, el que ahora tiene a todos los mexicanos. Yo diría que hoy ese es el México de adentro porque adentro es donde están los mexicanos y afuera es donde no están.

—Entonces ahora mismo estamos en Extranjería— respondí.

—Digamos que tiene usted la razón, joven. Aquí todo se tomaba por hecho. Eso es lo que me dicen mis nietos por teléfono o e-mail, que la gente se fue porque desperdiciamos los recursos naturales y la corrupción y el nepotismo hacían imposible gobernar. ¡Qué le cuento! Todo el mundo hacía chistes sobre la pereza, el alcohol, la intransigencia. Tan pronto se instalaron en otros sitios, esas bromas se acabaron de una vez para siempre. Me dicen que los mexicanos allá se ríen de otras cosas pero que si alguien se atreve a burlarse de México, le rompen el hocico. ¡El orgullo! Desgraciadamente, sin mexicanos este país no vale la pena. Los turistas se ríen de boberías. Es fácil entretenerlos. Dígalos usted lo que quiera sobre quiénes somos y ellos se lo creen como si fueran niños en el dentista.

El viejo se alisaba suavemente la barba azul con la mano.

—¿Qué idioma se habla?— pregunté.

—Imposible saberlo. La gente se entiende. Usted sabe cómo son los turistas: se las ingenian con la sintaxis y la escasez de vocabulario. Peor que después de la Torre de Babel. Me dicen mis nietos que los mexicanos afuera, los de Extranjería, tampoco hablan español. ¿Es cierto? Dicen que hablan en «común y corriente»; así lo llaman.

Detrás del árbol salió un erizo inmenso, igual al que había visto salir del automóvil. Se acurrucó al lado de la silla de mimbre. El anciano lo acarició con la misma delicadeza con que se había alisado la barba.

—Es mi mascota. Lo llamo Fox aunque no es un zorro. Hay muchos como él en la zona. Se han multiplicado a velocidad asombrosa. Tienen suerte porque únicamente se alimentan de basura. ¿Qué lo trae de vuelta, joven?

—Quizás la nostalgia— respondí.

—No pierda el tiempo. Nuestras memorias siempre son falsas, nos engañan y al hacerlo nos obligan a ser infelices. Nada mejor que olvidarlas. ¡Míreme a mí! Se me puso la barba azul por pensar demasiado en mis nietos. A usted se le caerá el cabello... No vale la pena. Hágase a la idea que su atadura con México no existe. La distancia falsifica todo y no permite...

Antes de poder terminar, se escuchó una explosión ensordecedora. El susto hizo que me despertara agitado y sudoroso.

Fui al baño y me eché agua helada en la cara mientras intentaba tranquilizarme pero sin hacer ruido. No quería despertar a Alison y a los niños. Siempre he tenido sueños de esta índole y he terminado por acostumbrarme a la extrañeza que me inspiran una vez concluidos. A raíz de la malograda elección presidencial había estado contemplando cómo cambiaría México en los años siguientes y, de paso, cuál era ahora mi relación con mi país de origen.

Yo viví en el Distrito Federal un total de veinte años, desde que nací hasta la fecha en que me fui a Nueva York como corresponsal de un periódico y desconstando el tiempo que viví en España, el Medio Oriente y otros sitios. Desde que me ubiqué en Nueva York, mi relación ha estado marcada por la ausencia. Regreso cada vez que puedo, una o dos veces al año. En esas ocasiones siempre me embarga la incertidumbre. Lo mexicano para mí es una superstición. Su comida, su música, sus sabores me definen, pero ya no sé bien si me gustan o no, o si me fuerzo a hacerlos míos para no abandonar esa membresía que alguna vez me definió y que ahora me incomoda. Al abandonar México me dije que la única manera de regresar era habiendo conquistado al mundo de afuera. Pero pronto esa certeza se esfumó. Regresar es reconocer que somos algo que quedó truncado y que las cosas siguieron sin nosotros.

En el año 2001 escribí una autobiografía en inglés llamada *On Borrowed Words*. En el último capítulo, titulado «*The Lettered Man*», doy cuenta de una extraña visión que tuve una vez en la cual me topé, en la calle Tacuba, con mi otro yo, el Ilan Stavans que nunca se fue, el que se quedó en México cuando yo me fui. Él es divorciado pero, como yo, también tiene dos hijos, aunque con dos mujeres distintas, el segundo con una actriz de telenovela. Vive en

Polanco y tiene un exitoso programa de tv dedicado a la política y tiene un puesto envidiable en el periódico *Reforma*. En el diálogo que ambos establecen, al Ilan Stavans de adentro le intereso un comino.

—Te fuiste, cabrón— me decía en tono sentenciero. Esa frase me recordó al viejo de la barba azul.

Ser mexicano fuera de México siempre ha sido para mí más complicado de lo que esperaba. Uno siempre justifica a los protagonistas de la historia nacional, explicándolos como si sus acciones tuvieran una coherencia que en otras partes del mundo no se entiende fácilmente. A los demás, el país les da la impresión de ser imposiblemente caótico. Ese caos tiene que ver con una moralidad improvisada, espontánea, el resultado del ensimismamiento de tradiciones distintas. Y es una condena. Pero para los mexicanos ese caos tiene un orden propio. Es una forma de vida coherente, misteriosa y divertida, una alternativa a la monotonía de las sociedades civilizadas. El progreso en México nunca es lineal sino que tiene la forma de un garabato. Es errático, aleatorio, interrumpido.

«Te fuiste, cabrón». Las palabras resonaban en mi mente. Me senté en mi estudio y reabrí el libro de Quevedo. Me entretuve en la sección «El mundo por de dentro», que empieza con una frase lúcida que me gusta desde que lo leí por vez primera en mi adolescencia: «Es nuestro deseo siempre peregrino en las cosas de esta vida, y así, con vana solicitud, anda de unas a otras, sin saber hallar patria ni descanso». Quevedo habla de cómo el tener conocimiento no elimina la confusión y de cómo lo que vemos es un engaño. Cansado, regresé a mi recámara. Me metí en la cama y di varias vueltas, envolviéndome en la cobija. Al cabo de un rato, caí nuevamente en un sueño en el que tuve la segunda escena.

Otra vez estaba solo pero no en un eje vial sino en un estadio, sentado en una banca de concreto, esperando que empezara un partido que, según el programa que tenía en mis manos, estaba programado para esa tarde. Al principio del sueño, me decía a mí mismo que la paciencia es la mayor de las virtudes de un hombre que ya no es joven. Yo había cumplido 45 años hace algunos meses. Mientras esperaba, estudiaba con detenimiento el césped en la cancha, las líneas pintadas de cal demarcando los límites. De pronto, sentía ganas de jugar. Cuando era joven, antes de partir de México, formé parte de un equipo semiprofesional. Mis hijos, que también juegan fútbol, me preguntan con frecuencia sobre aquella experiencia. La añoranza de aquel espíritu atlético me invadía, de tal manera que opté por abandonar la banca en la que estaba sentado y correr, correr, correr a lo largo de la cancha.

«Estoy en el paraíso», me dije.

Corría frenéticamente, con una agilidad milagrosa, con una libertad desconocida pero también —y eso no lo noté al principio— con inconfundible torpeza. Notaba, en el acto, que vestía yo un uniforme rojiverde, con medias blancas y tacos limpiísimos y carísimos. Notaba también que jugaba fútbol sin pelota. ¿Qué perseguía entonces? ¿Cuál era el propósito del juego?

Minutos más tarde un árbitro se apareció, vestido de negro, su silbato en la boca, junto a una de las porterías. Su camiseta y rostro estaban cubiertos del mismo lodo seco y agrietado que vi en la primera escena de mi sueño. Hacía muecas que me inspiraban terror.

Caminó hacia mí y dijo:

—Me temo, mi estimado señor, que ha cometido una infracción cuyo castigo tardará en pagar más tiempo del que le queda de vida.

—¿Qué falta?

—Pretendió jugar un partido sin tener un equipo que lo apoyara...

—No pensé que fuera un delito —le respondí—. Los equipos no han llegado. O ya se han ido. Y los espectadores todavía no llegan. No hay nada de malo en divertirse...

—¿A expensas de quién? —preguntó.

—No entiendo —le repuse—. No lo hice de mala intención.

El árbitro no le prestaba atención a lo que le decía. Sacó de un bolsillo una libreta de apuntes y escribió mi nombre y el número que llevaba en mi camiseta.

—Mejor le vendría irse. Así nadie se dará cuenta de su infracción. Si lo hace, yo le prometo dejarlo tranquilo. Además, ¿no se ha dado cuenta de que a usted se le olvidó cómo jugar?

—A mí no me da vergüenza.

—Resígnese pues a las consecuencias, señor— dijo y se dio media vuelta. Quise pedirle perdón, rogarle que borrara lo que había apuntado en su libreta. Pero tenía trabada la lengua y las palabras no me salían.

Sentí que se derramaba una lágrima por mi mejilla izquierda. Opté por volver a la banca adonde había estado originalmente. Me convencí de que la mejor alternativa a mi disposición era esperar.

Esperé y esperé hasta que sonó el despertador.